1810-1960
TRAYECTORIA DE LA MÚSICA ARGENTINA [1]
Por Juan Francisco Giacobbe

La celebración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, invita, con el inevitable clamor de epopeya histórica a una recordación de todas aquellas actividades de espíritu, que, por su adherencia al modo de ser patriótico, bien pueden llamarse, nacionales. Entre esas actividades sobresalientes del ser nacional, pocas interesan tanto, en el orden de la creación artística como: *la música argentina*.

Si desde el punto de vista histórico, ciento cincuenta años, son, para el acontecer histórico de una nación, un breve interregno, en relación a las naciones multimilenarias, desde un punto de vista conciencial, o más bien dicho, familiar, del "ser" nacional, esos años, son suficientes, como para poder afirmar, con carácter y gravitación, *un estilo* que personalice a la nación ante lo universal.

Sabemos bien que, para el acontecer de la cultura humana, pocos son ciento cincuenta años, en la plasmación de los valores trascendentes de una sociedad, pero sabemos también que, si esos años pertenecen a la parábola ascendente de una afirmación histórica, pueden ser definitivos y ricos de afirmación nacional.

Tal sucede con la música argentina.

La Revolución de Mayo, la encuentra, como a otros muchos factores del ser patrio, en el misterioso y hermético período de la gestación de los elementos vitales del espíritu. El individuo rioplatense es aún un individuo que habita la rosa de los vientos. Corrientes polarizadas, de fuerzas ingénitas poderosas gravitan sobre el canto de entonces. La protohistoria de la belleza labra sus módulos de belleza y de resistencia. Por doquier el impulso telúrico, rico de esencias capitales, influye sobre el individuo rioplatense. Dos indigenismos en pugna: el hispánico y el americano, se dividen la efusión del canto. Edad de rapsodas y de bardos, la tradición oral y la improvisación, abundan sobre la escuela y el método.

De esos indigenismos en pugna, una personificación estilística aparece: lo criollo, mientras que en otra dimensión del sentir, surge: lo mestizo. La conquista, la colonia, las invasiones y la reconquista, no se explaya sino en ese modo de ser, múltiple, pero coincidente; diverso, pero unánime.

El canto popular pues, ese canto de dos raíces y múltiples injertos, nutre la necesidad de música en toda la extensión del ser rioplatense. La Revolución de Mayo establece la línea de emancipación más ideal que real en el fondo del canto rioplatense. La aspiración, tan imperiosa del ser humano y aun de la sociedad, a la autonomía y a la individuación, no siempre se produce con igual celeridad, en lo teórico ideal como en lo materialmente práctico. Y las disciplinas artísticas del espíritu difícilmente pasan de un modo a otro por imposición de hechos políticos y por derechos sociales.

La revolución de Mayo, así como no suprime ni al criollo, ni al mestizo, ni al indígena, y aún menos al español, no puede suprimir, creando una nueva música, la música propia de esos génidos expresivos. Por el contrario, se afirma en ellos, y de ello se sirve para su propagación. Excepto alguna canción patriótica y algunos himnos, que reproducen, con vigor recordatorio, los incisos de Rossini, Clementi o Rouget de L'Isle, las arterias del continente siguen siendo recorridas por la multiplicidad localista del canto popular. Es el inevitable imperativo histórico de todas las civilizaciones humanas.

La época romántica, post-revolucionaria, con sus guerras intestinas, sus arrebatos épicos, su configuración sangrienta y delirante, no hace sino asegurar aquellos valores. Pero es en ella que aparecen los conatos de una aplicación al estudio y una adherencia al método, y, con el concurso, y otras veces con la imitación más o menos doméstica, de las instituciones

[1] Transcripción de texto mecanografiado. (N.d.R.)

europeas, se insinúan los embriones de las academias y los conservatorios. Con esa tendencia urbana y ese afán de escolástica en la música, las posiciones se unen en dos bandos que podríamos llamar: civistas y criollistas. En los primeros fermentan todas las novedades exógenas; en los criollistas, en cambio (en los cuales se han abanderado, sin unificarse, mesticismo, indigenismo y criollismo) pululan y resisten las fuerzas endógenas.

Esa tensión, marcará, hasta hoy, el diástole y sístole de todo el arte musical argentino.

Arte que, con el advenimiento histórico de la configuración nacional, va a converger hacia dos zonas de la cultura social: la suburbana y la metropolitana.

Es a partir de la Revolución de Mayo que aparece la primera composición musical *firmada por un autor*, en oposición al anonimato del cancionero popular, pero no es sino hasta promediado el romanticismo nacional que aparecen los dos o tres autores, que tienden a la unificación plástica de los elementos opuestos.

Eludiremos en este artículo la cita nominal, para no incurrir en injusticia, ni eliminación u olvido. Los nombres que llenan las décadas de la música argentina son tantos, y dentro de la relatividad del aporte son todos tan importantes, que sería impropio no citarlos a todos por igual.

Conformémonos, pues, con citar las tendencias estilísticas, con la esperanza que el lector paciente sabrá situar a los correspondientes autores en su lugar histórico.

La afirmación nacional argentina determina hacia 1880, la primera generación de músicos graduados. Es, la del ochenta, una generación programática, es decir, que tiende las bases teóricas de las posibilidades de una música argentina dentro de la cultura internacional. Un núcleo de maestros de rara envergadura, patriotas y extranjeros, articulan el conservatorio, plasman el concierto, e injertan la ópera. La madurez de esa generación se proyectará hasta zonas de alta cultura europea: España, Alemania, Italia, Francia, sentirán reflorecer a vástagos suyos en más de un músico argentino. Y más de un director y compositor de óperas llegará (como en 1951) a vibrar en la Scala de Milán.

Después se suceden generaciones multiplicadas por el estudio, la inquietud, el talento y el impulso. Una central del arte lírico como el Teatro Colón, las activísimas instituciones de concierto, el crecer vigoroso del ballet, todas las formas, en suma, que alimentan la insaciable necesidad musical del mundo moderno, germinan y se afirman, contienden, desaparecen o triunfan, en la aspiración musical del ser argentino.

Casi diríamos que es el arte por excelencia, nacional. Desde los jardines de infantes hasta las universidades, desde los conservatorios a los podios directoriales y el escenario, desde la vereda al templo, el ser argentino es un ser esencialmente musical y canoro, y aún más, nos aventuraríamos a decir que, por las herencias de las múltiples razas protohistóricas que lo animan, es un ser que tiende como pocos, a la composición, a la improvisación, a la inspiración y a la fantasía musical.

No sabríamos asegurar con fidelidad de número, cuántos compositores y compositores profesionales y cuántos aspirantes a tales, hay en el ser nacional, pero nos aventuraríamos a asegurar que hoy, en relación a su demografía debe ser uno de los países, de más compositores y ejecutantes.

La música ha llegado a ser pues, no ya una necesidad convencional, sino un imperativo del espíritu. Poco a poco, con aquella lentitud y gravedad que procede la historia en la hondura de la cultura, la música argentina va definiendo los rasgos de su faz, y la tendencia de su espíritu. Siendo vital como es, no podrá dejar de vivir en la rosa de los vientos del espíritu universal, pero en ella, va perfilando un modo, articulando una emoción y configurando un estilo.

Las tendencias más opuestas y discordes la recorren de una a otra parte, pero aun en las obras más deficientes, es probable encontrar una aspiración hacia lo humano y un retorno hacia lo afectuosamente pacífico del ser humano.

Y ello no es poco en la edad que se nos da en vivir.